

## EL MEKONG

En el barco caben treinta y seis pasajeros y solo vamos catorce: una pareja de franceses muy elegantes, un grupo de seis franceses nada elegantes, una pareja mixta (occidental y asiática) con una mujer de mediana edad y un guía laosiano, una treintañera francesa, y nosotros dos.

El barco zarpa dejándose llevar, llega al centro del río, navega unos metros, aminora la marcha y se acerca a la orilla. El guía laosiano salta a tierra, trepa por el talud y nos dice adiós con la mano. *Quien-no-está-en-mi-lista-no-existe* dice que acaba de ver que su maleta no está en la bodega y vuelve a Huay Xay para buscarla.

Zarpamos de nuevo, regresamos al centro del río, nos adelantan dos o tres barcas rápidas con la proa y medio casco fuera del agua. Sus motores producen un petardeo metálico y desagradable. Unos pasajeros llevan casco protector pero no chaleco y otros chaleco pero no casco. Les deseo suerte pero no les envidio. Llegarán a Luang-Prabang dentro de cuatro o cinco horas aturdidos, empapados, a tiempo tal vez para atender sus asuntos pero se habrán perdido los detalles de la vida a lo largo del río.

A continuación nos adelantan dos largas barcas de línea, blancas y azules, de puente corrido, con quince o veinte hileras de bancos de madera bajo un toldo azul y banderolas de colores en la proa. Van repletas de gente, la mayoría con bultos sobre el regazo. Dormirán en Luang-Prabang esta noche tras diez horas de forzada incomodidad. Con suerte habrán hecho una corta parada para desaguar y comer lo que lleven o logren comprar en algún tienducho de la orilla.

Nuestro barco tiene un solo puente de madera barnizada ancho y cómodo. Apenas hace ruido y navega a la velocidad adecuada para contemplar el paisaje,

disfrutar de la brisa, conversar, leer, tomar el sol o dormir la siesta. A proa un altarcillo budista recién surtido de arroz, plátano y flores nos asegura la protección de los dioses del río. En el cuerpo central, cubierto por un toldo de lona gruesa con toldillos laterales enrollables, está el comedor: una larga mesa de madera de teca con un banco a cada lado donde caben hasta veinte personas. Entre el comedor y la cabina hay una zona de estar medio cubierta por un pequeño toldo y provista de sofá, butacones y una mesa de centro. Entre ambas, en una tierra de nadie desprovista de toldo, hay varias hamacas. El bar, la cocina, la sala de máquinas y los urinarios se sitúan a popa.

La distribución de espacios se hace enseguida: la pareja de elegantes franceses a proa; el grupo de franceses no tan elegantes en el área de estar; la francesa rubia en una de las hamacas de la tierra de nadie; el matrimonio mixto (a esas alturas ya sabemos que él es australiano y ella japonesa), la que suponemos su hija y nosotros dos, en el comedor. Se trata de una distribución espontánea condicionada por el tamaño de los grupos (el más grande elige primero) y por algo tan indefinible como las incompatibilidades intuitas y las afinidades supuestas y con escasas alteraciones se mantendrá durante todo el viaje.

Abro la guía e intento leer pero no puedo. A medida que avanzamos el río se estrecha. Hay bancos de arena, remolinos de varios tamaños, rocas que emergen y rocas que se ocultan. Pero no es eso lo que me distrae sino un pensamiento, recurrente desde que subimos al barco, que es más o menos éste “qué lujo estar en este barco y este río, navegar a este ritmo y en estas condiciones, contemplar estos paisajes”. Asociadas a él me vienen a la cabeza secuencias enteras de *Indochina*, la película de Catherine Deneuve que yo había visto años atrás y creía haber olvidado. Hasta donde recordaba la acción se sitúa en Vietnam a finales de los años treinta y no estaba seguro de que en ella apareciera el Mekong pero tampoco podía descartarlo. Catherine Deneuve vestía casi

siempre de blanco y su maduro atractivo, derivado más de su expresión y su particular modo de moverse que de su físico, transmitía serenidad y belleza. La ambientación era impecable y la gran parte de la fotografía se dedicaba a captar la luz, a la vez refulgente y nimbada, del trópico asiático. En aquél barco, bajo aquél sol, bañado por una luz que sin ser la misma se fundía en mi recuerdo con ella, me sentí un personaje más de la película de Deneuve, y por alguna extraña asociación que todavía hoy no comprendo y posiblemente relacionada con algún detalle del argumento que había olvidado, me dediqué a escrutar la orilla opuesta para averiguar donde acababa Tailandia y empezaba esa pequeña porción de territorio laosiano que en los mapas sitúan al sur y al oeste del Mekong y cuya peculiar ubicación evocaba en mí las inconfundibles sensaciones de lo lejano y lo ignoto.

Dejamos de ver postes del tendido eléctrico, el terreno se fue poco a poco escarpando, los cultivos se espaciaron y el bosque se hizo cada vez más denso. Allí, en algún lugar entre aquellos árboles, me dije, estaba la frontera e imaginé una línea virtual, hecha de guiones o puntos, o de una precisa alternancia de guiones y puntos, que arrancando de algún paraje situado más allá del cerrado horizonte que formaban las copas de los árboles, bajaba desde la vegetación de las orillas para hundirse en el gris verdoso del agua. “Como todas las fronteras” me dije “un puro espejismo”. “Y como todas” añadí “un espejismo peligroso”.

Nos adelantó otra barca rápida, la espuma de su estela salpicándonos la cara. De pie en el centro el guía laosiano saludaba, sonreía y señalaba hacia el fondo con aspavientos. Al ver que no lo entendíamos, giró el cuerpo e indicó un punto ante de nosotros. *Quien-no-está-en-mi-lista-no-existe* dijo algo en un inglés incomprensible, el barco redujo la velocidad y vimos un grupo de chozas y un pequeño embarcadero que resultó ser un puesto de la policía laosiana.

Nos detuvimos. Dos funcionarios de uniforme y uno de paisano subieron a bordo, recorrieron la cocina, la bodega y la sala de máquinas; se acodaron brevemente con el capitán contra la barra del bar; vinieron luego hacia nosotros, nos pidieron los pasaportes, echaron una mirada a la rubia francesa que tomaba el sol en bikini en una de las hamacas como si la cosa no fuera con ella; meditaron unos segundos, y finalmente, se marcharon. Y cuando parecía que zarparíamos sin él y yo me preguntaba dónde diablos se habría metido o si es que los policías lo habían retenido por algún motivo, reapareció el guía laosiano, luciendo una sonrisa de dientes blanquísimos mientras con una mano agitaba una maleta azul de mediano tamaño. Suspiramos aliviados, le dedicamos una ovación y hasta la rubia francesa abandonó su soleado ensimismamiento para aplaudir.

El barco zarpó de nuevo, yo seguí buscando la frontera y cuando no pude más le pregunté a *Quien-no-está-en-mi-lista-no-existe*. Me miró sin comprender. Repetí la pregunta más despacio con idéntico resultado. La formulé de nuevo, silabeando cada palabra. *Quien-no-está-en-mi-lista-no-existe* miraba en torno, sudaba, hacía gestos, resoplaba pero yo no estaba dispuesto a soltar mi presa tan fácilmente. Por fin, el guía laosiano se acercó y le dijo algo en voz muy baja como si temiera que yo pudiera entenderle. *Quien-no-está-en-mi-lista-no-existe* exclamó ¡Ah!, me miró de nuevo, dijo algo así como “*yas bijand*” (que yo traduje como “*just behind*”) y señaló hacia popa mientras le hacía un guiño al guía. Miré hacia donde señalaba y vi lo que llevaba viendo desde que salimos: agua, troncos flotando, algún pequeño banco arenoso, unas cuantas palmeras, la cerrada vegetación de la orilla. Si estaba allí me la había perdido. ¡Una frontera mítica y me la había perdido! Volví a mi asiento desconsolado y traté de animarme pensando que de todos modos estábamos en el interior de Laos, el país menos turístico de la zona, la cuna del Pathet Lao, el reino de los mil elefantes.

Llegada la hora de comer sobre la barra del bar aparecieron varias fuentes con arroz, tallarines, pollo y vegetales con curry, y diversos tipos de refrescos, cervezas y jugos. Nos servimos. La familia australiano-japonesa se sentó frente a nosotros e intercambiamos algunas frases. Supimos que él se llamaba Mel y había nacido en Sydney. Ella no hablaba inglés, nos dedicó con una sonrisa tenue, nos observó con atención y no abrió la boca. Mel la atendía solícito, le acariciaba el cabello y le decía cosas al oído. También nos presentó a la mujer que los acompañaba. “Nuestra hija mayor” dijo “Es misionera budista. Y vegetariana”. No recuerdo si ella dijo su nombre. Probablemente sí, pero yo no lo anoté. Sí recuerdo que nos saludó fríamente y que no mostró, ni entonces ni en ningún otro momento, particular interés en nosotros.

Terminamos de comer. Faltaba casi una hora para nuestra primera parada: un poblado tribal en la orilla derecha del río. Pilar y yo conseguimos un par tumbonas a babor, en plena tierra de nadie. Cerramos los ojos y nos dejamos mecer por el bamboleo del barco, el rítmico sonido del motor y el rumor del agua. El sol calentaba pero no quemaba, una brisa suave refrescaba el ambiente, las cervezas chinas hacían su efecto. Me adormilé con la sensación de disfrutar de un tiempo en el que todo fluía y nada se esperaba ni nos esperaba. Viajaba feliz. Iba con quien quería. ¿Qué más podía pedir?

Entonces entre las brumas previas al sueño apareció Catherine Deneuve con su traje de dril y su chal blanco rodeada por aquella luz única hecha de realidad y de recuerdo y una palabra me resonó por dentro. Una palabra cuyas cuatro sílabas reunían dos subcontinentes, casi dos mundos, y que era una de las palabras míticas de mi infancia. Mientras me dormía fui paladeando sus cuatro sílabas: In-do-chi-na. Más que una región y un nombre un universo. Variado. Ajeno, distante. Mientras me hundía en el sopor que me iba invadiendo me prometí no parar hasta recorrerlo entero.

Hora y media después el barco se acercó a la orilla, bajamos y subimos una veintena de escalones tallados a mano en el húmedo barro de un talud empinado y alto. A mitad de subida divisamos unas cuantas chozas. Una pareja de búfalos se revolcaban en una charca. Era un poblado pequeño, de no más de cien habitantes. Casas de madera, muchas de ellas construidas sobre pilotes de madera, la mayoría antiguas. Unas cuantas con luz eléctrica, solo una o dos con televisión. Sobre una terraza de obra de un metro de altura descansaba un templo de mampostería del tamaño de una casa grande con decoración extrañamente ingenuista. Todo el mundo hacía fotos. Pilar se entretuvo tomándoselas a siete u ocho monjes-niños asomados a las ventanas de una casa de madera oscura. Tendrían entre doce o trece años. Había serenidad en sus rostros, si acaso con un leve punto de interrogación. El poblado olía a bosque, a humedad, a carbón vegetal, a mierda de gallina. En los bajos de muchas casas había mujeres inclinadas sobre telares primitivos. Sus hombres cultivaban algodón, arroz y maíz en pequeños claros abiertos en la vegetación de la ladera. Métodos artesanales. Dura economía de subsistencia. ¿Continuarán sus hijos esta vida? También vimos dos o tres motocicletas antiguas con el manillar y el cuadro oxidados. *Quien-no-está-en-mi-lista-no-existe* no supo decirme a qué distancia quedaba el primer tramo asfaltado de carretera.

Nos siguió una bandada de niños. Pilar les iba dando trocitos del *sticky rice* que compramos en Sop Ruak. A dos hermanitos, posiblemente gemelos, les dió caramelos de azúcar. En brazos de la madre, un tercero, de no más de dos años, organizó una escandalera hasta conseguir su parte. “Me recuerda a mi sobrinita”, dijo ella “Todos los niños pequeños son iguales”, dije yo. Y corregí enseguida: “Pero algunos son más iguales que otros”. En la fachada de una casa vimos unas fotos descoloridas y varias

portadas de novelas viejas. Alguien dijo: “Una peluquería”. Calor y humedad agobiantes. Mosquitos. Algarabía de bosque húmedo. Griterío de gallinas y chanchos.

Regresamos hacia el barco. Nos paramos ante un chamizo donde se vendían recuerdos y telas. Bajamos los escalones de barro intentando no irnos de bruces. En la misma charca la misma pareja de búfalos nos miró impávida. El francés elegante se empeñó en fotografiarlos de cerca. El búfalo macho lo miró fijamente. Estaba atado pero yo noté que la cadena era larga, lo bastante para llegar hasta el francés. Recordé historias sobre la ferocidad del búfalo africano. Me dije que obviamente aquél no era un búfalo africano. Al final, el animal se dedicó a lo suyo y el francés, dando resbalones, se dirigió hacia el barco. Ya en cubierta comprobamos que solo nosotros y la francesa que viajaba sola habíamos comprado algo. Repasando más tarde mis notas, descubrí que no había apuntado el nombre de la aldea. Escribí: “Una aldea a orillas del Mekong, unos campesinos sobre una ladera”.

En ruta hacia Pakbeng, donde hicimos noche, vimos más de lo mismo: agua achocolatada, a ratos mansa, a ratos arremolinada y bravía; canoas rápidas para turistas; canos lentos, a motor o a remos, para los locales; denso bosque tropical, con frecuencia de teka, en las orillas; pequeños claros con poblados minúsculos; artes de pesca de variado tipo (cañas, sedales, cestas y nasas) en los remansos; algún rebaño de búfalos negros en los cenagales; largos platanales en las quebradas; sembrados maíz o de arroz de montaña en laderas cada vez más altas... Un paisaje repetido y sin embargo distinto, y una sensación inolvidable: la de adentrarnos y ser rodeados por otro espacio y otra cultura.

Aproveché para leer sobre la historia de Laos. País poco poblado, diseñado por los franceses como tampón entre Siam, Vietnam y China. Histórica y étnicamente cercano a los tais. Bajo influencia vietnamita desde 1975. Recién admitido en la ASEAN. Único beneficiario potencial del proyecto de desarrollo de la cuenca del Mekong impulsado por la ONU pero incapaz de hacer valer su propio interés en este asunto. Desde la crisis de 1997-1998 los proyectos de puente entre Chiang Khon y Huay Xay y de carretera entre el norte de Tailandia y el sur de China, están paralizados. En resumen, el pariente pobre de la zona, preso entre sus poderosos vecinos y con perspectivas inmediatas no muy halagüeñas.

El Chiang Suai Resort estaba en la orilla izquierda, a no más de un kilómetro de Pakbeng. Consistía en un embarcadero, una recepción que también hacía de bar, un comedor grande y limpio, y dos o tres docenas de cabañas de madera con techo de bambú trenzado, cuarto de baño con toallas limpias y ducha de agua caliente. Las cabañas tenían dos camas con mosquitero, mesillas con lamparitas, amplios butacones, una cómoda, un armario, un cuarto de baño con ducha, y un gran ventilador colgado del techo. No había aire acondicionado pero el mobiliario se hallaba en buen estado, las plantas y flores estaban cuidadas y el conjunto destilaba una sobriedad y una limpieza no exentas de refinamiento. Todo un lujo considerando el contexto.

Ocupamos la nuestra, llamamos a la recepción y solicitamos el masaje que nos habían ofrecido al registrarnos. Una hora después tocaron la puerta. Abrí. Un chico y una chica de unos veinte años me dedicaron una inclinación de cabeza y una amplia sonrisa. Les hice pasar. Les hablamos de nuestra experiencia con los masajes tais. Se miraron. Sonrieron. Dijeron ser profesores en la escuela de masajistas del pueblo. Dijeron que tendrían mucho gusto en servirnos. Nos hicieron tumbarnos sobre las camas. Nos desnudaron. Nos cubrieron la cintura con una toalla y nos untaron el cuerpo

con un aceite de olor indescifrable. Y acto seguido nos dieron el mejor masaje del mundo por el increíble (y para ellos astronómico) precio de cinco dólares la hora. Al terminar cobraron su dinero, nos hicieron las reverencias de rigor y desaparecieron para siempre de nuestras vidas dejándonos en un estado muy parecido a la ingravidez.

Incapaces de imaginar un plan mejor, a medio camino entre el cielo y la tierra, intentamos leer hasta la hora de la cena. Pilar un libro sobre los cambios producidos por la civilización en los ritos de paso de la adolescencia a la edad adulta en las tribus del norte de Tailandia. Yo, un folleto introductorio sobre budismo therevara. No hubo forma. Sentíamos una extraña mezcla de excitación y relajación, una especie de exacerbada conciencia de nosotros mismos, calmada y fuerte, que nos costaba controlar y que los sonidos del río y del atardecer en el bosque reforzaban. Envuelta aún en la toalla y sentada en la cama, Pilar evocó el viaje de años atrás con su amiga Sol, por entonces corresponsal de la agencia EFE en Lima, a las profundidades del Madre de Dios, en la amazonia peruana. Mezcló de forma vívida y mágica el clima, las plantas y los animales con los rasgos personales y las anécdotas protagonizadas por los habitantes del perdido campamento de zoólogos y botánicos al que tanto les costó llegar y en el que finalmente se alojaron. Fascinado por la historia y tratando de prolongarla le pregunté en qué se parecían las riberas del Mekong a las del Madre de Dios.

- En casi nada – dijo rápidamente. Y pensativa añadió: - El Mekong me impresiona. Es grande, largo, poderoso. Sus orillas apenas están habitadas. Es difícil de navegar. A ratos parece apacible pero en cuanto te descuidas saca las uñas. No veo niños bañándose o jugando en el agua. La gente pesca desde las orillas casi nunca en el agua o desde las barcas. Parece como si le tuvieran miedo. Y, hasta donde sé, no han florecido grandes civilizaciones en sus orillas. Siempre ha sido un río que separa más que une. Un río difícil. Un río de frontera.

Le digo que para mí el Mekong no es solo un río sino también el nombre de un villano celebre en una popular serie de radio de la España de posguerra. Yo debía tener seis o siete años y aún recuerdo el nombre del héroe: Diego Valor, quien luchaba contra una red internacional de espías y forajidos dispuestos a dominar el mundo cuyo jefe era el Mekong. Más tarde salió una tira cómica donde el Mekong era un viejo de larga barba blanca y rasgos achinados. En 1949 los comunistas habían triunfado en China y en 1951 estalló la guerra en Corea. Occidente temblaba ante el “peligro amarillo”. Nada más volver del colegio, mi madre ponía la radio para que yo escuchara el episodio del día mientras merendaba. O no la ponía si quería castigarme.

- De todos modos – terminé – estoy de acuerdo que no es un río normal. Hay algo malévolos en un río capaz de albergar un monstruo como el pez-gato gigante.

A la hora de cenar llegamos los primeros al comedor. Las mesas estaban dispuestas con esmero: manteles blancos, cubertería reluciente, vajilla fina, flores frescas. Imposible anticipar que un año más tarde, durante una de sus imprevisibles crecidas y haciendo honor a su fama, el Mekong se llevaría el Resort entero por delante.

Los demás fueron llegando poco a poco. No parecía haber otros huéspedes en el hotel. Al menos, no aquella noche. Dos mesas a nuestra derecha se sentó la pareja de elegantes franceses. Ella, esbelta, de piel tersa y bronceada y sedoso y largo cabello oscuro, llevaba un vestido de gasa negra y amplio escote sostenido por dos finas hombreras. Y por todo adorno, un grueso brazaletes de plata en el antebrazo izquierdo. Su actitud era la de quien esperaba ser atendida por un afamado maître o un conocido somelier de los Campos Elíseos. Él, algo mayor que ella y ligeramente pasado de peso, vestía pantalón corto de color beige, camisa azul de manga corta, cinturón Lacoste de cuero negro y zapatos náuticos también azules. El menú de la cena ofrecía un apetitoso surtido de platos tailandeses y laosianos, ellos pidieron champán y ostras, y tanto por lo

que pidieron como por cómo lo pidieron quedó claro que lo importante no era el menú sino la representación. Representaban y se representaban. Todo el tiempo. En el barco. En tierra. En el hotel. En el restaurante. Y lo sabían. Nunca se separaban. No hablaban con nadie y poco entre ellos. Y si lo hacían era en voz muy baja. Se tocaban poco si lo hacían manifestaban un cuidado no exento de afecto. Grandes burgueses. Jóvenes. Ricos. Cultos. Envidiables. “Tan parisinos...” me dije. Aunque si uno se fijaba lo suficiente no era difícil percibir un algo de excesivo en sus gestos, en la forma de componer la figura, en su patente conciencia de estarlo haciendo. Les faltaba ese punto de soltura, de flexibilidad (más a ella que a él, me pareció) y esa ajustada dosis de campechanería no chabacana que solo una esmerada educación o varias generaciones de títulos y dinero otorgan. Mientras esperábamos ser atendidos los comparé con las tres parejas de franceses sentados al otro extremo del comedor. Venían del mismo país, eran de la misma edad. Pero ¡qué diferencia! Discretos y contenidos, unos; ruidosos, vulgares, gordos que no ocultan su afición a la comida y a la bebida y una actitud tacaña hacia el dinero, los otros. Pilar, que llevaba un rato leyéndome el pensamiento, produjo entonces una de sus frases inolvidables: “Es como comparar un deportivo último modelo con una camioneta de reparto. La mayoría evitaríamos ambos. Pero puestos a escoger, escogeríamos el deportivo. Al menos, siempre te queda la esperanza de poder venderlo a buen precio”.

Dormimos de un tirón y nos despertamos llenos de habones. Se nos había olvidado enchufar las patillas anti-mosquito y tampoco nos habíamos dado el repelente, y pagábamos las consecuencias. Después de desayunar, y rascándonos los habones, caminamos hasta Pakbeng por una pista de tierra. El barco nos seguía por el río. En él

iban Mel y su mujer, la pareja de franceses elegantes y el equipaje. El sol no estaba muy alto y una fresca brisa recorría el valle y movía las copas de los árboles.

Pakbeng funciona como puerto de tránsito entre Luang-Prabang y la frontera. En el embarcadero, que carece de muelle, había seis o siete barcas de pasajeros y dos o tres barcazas de carga. Del embarcadero al pueblo se sube por una larga calle de tierra flanqueada por todo tipo de tienduchas, dos o tres cafés y varios albergues de indescifrable naturaleza. Relucientes motos japonesas; tabaco, licores, antenas parabólicas; alguna que otra casa de ladrillo sin terminar; la decrepita oficina del proyecto de regeneración de la carretera; un cartel de la JICA, la agencia oficial de cooperación japonesa, anunciando la construcción de... 12 estaciones hidrometeorológicas, eso sí, sin fecha; otro del PNUD colgado en una pequeña lavandería que anuncia un proyecto para fomentar negocios locales, un mercado de alimentos al aire libre... Todo eso (y probablemente mucho más) era Pakbeng. El mercado central estaba en un recodo de la carretera, tenía forma de V y en el centro había un gran basurero. A la entrada un cartel descolorido, anunciaba en inglés y lao, un proyecto estadounidense-laosiano contra la producción, el tráfico y el consumo de drogas. Los únicos anuncios recientes de Pakbeng eran de relojes, motocicletas y calculadoras japonesas.

Tres jóvenes atronaban la calle con sus Hondas nuevas. Llevaban el pelo al estilo punk y dieron varias pasadas regateando ancianas con cestos en la cabeza, niños semidesnudos y gallos de pelea. Algunos niños nos enseñaron sus juguetes de plástico reluciente de fabricación china o tailandesa con expresión de triunfo. Bajo el cartel de la entrada uno metió la mano en un cesto de verduras, cogió un gusano blanco, lo observó un instante y se lo llevó a la boca.

- Estamos en otro mundo – le comenté a Pilar. Asintió. Durante el camino había venido hablando con la joven francesa. Le calculó entre treinta y treinta y cinco años. Le había dicho que viajaba sola, que siempre viajaba sola, que en septiembre iría a Birmania, que viajaba por el mundo sola cinco o seis meses al año.

- ¿Te ha dicho a qué se dedica?

- No. Y por su actitud deduje que prefería que no se lo preguntara.

Especulamos sobre cómo se gana la vida. Parecía educada pero no refinada. Atractiva a su modo. Y muy independiente, lo que probablemente descartaba un hombre que la mantuviera. Me gustaban su reserva y también su estilo, más aguerrido y menos convencional que el de sus compatriotas. Seguramente había una historia ahí. Tal vez más de una. Pero su dueña no parecía dispuesta a compartirlas.

De nuevo en el barco, mientras tomábamos nuestra dosis diaria de Vibracina, Pilar me miró a los ojos y dijo: - ¿Sabes? Solo hay una persona por la que te cambiaría en este momento. Solo una.

Se levantó, se fue al otro lado del barco y miró hacia la orilla. La seguí. La acaricié la espalda. La abracé con cuidado. La sentí llorar despacio, como una niña triste. Estuvimos así unos minutos. Sin decir nada. Luego, con voz entrecortada, dijo: - Amaba tanto la vida... Amaba los ríos... Era un pescador de río... Mi madre no... Ella no le hubiera acompañado hasta aquí. Pero él... Le gustaba todo esto... Hubiera sido muy feliz aquí... Y cuando veo a ese señor australiano, con más de ochenta años, tratando de mantenerse activo, ocupándose de su mujer, negándose a que le ayuden a bajar del barco o a subir por la orilla, me acuerdo de él... Sí, entonces me acuerdo de mi padre.

La abracé con más fuerza. Dije: - Él hubiera sido feliz en este viaje. Creo que nos habríamos entendido bien.

Seguimos abrazados. Ante nosotros, con sus orillas altas, sus rápidos y sus rocas, el río. Pensé: poderoso. Pensé: indomable. Al cabo de unos minutos, al frente y a nuestra derecha una sombra agitó la vegetación. Poco a poco lo distinguimos con mayor claridad. Todo el mundo preparó sus cámaras. Sobre un pequeño promontorio, apareció el primer elefante laosiano. Llevaba cadenas y arrastraba troncos. Trabajaba. Sufría. Resoplaba. Me dije: es un elefante que hacía lo que los elefantes han hecho siempre estas tierras y no lo que han acabado haciendo en las granjas tailandesas. Me dije: un millón de elefantes resumidos en uno. Me dije: hay dignidad en las cadenas del elefante esclavo. Reconocen su vitalidad, el potencial peligro de su fuerza. Me dije: un esclavo que sirve a su amo pero al menos no lo festeja.

Me fui a proa. Me senté junto a Mel. De 10 a 12, sentados en el banco de proa, Mel me contó su historia. No habíamos hablado mucho hasta este momento. Ahora él hablaba y yo escuchaba. Hablaba con un ritmo pausado, cadencioso, acompasado a veces con el ritmo del agua. El resumen podría ser, más o menos, este.

A los veinte años, Mel se unió al ejército australiano. Luchó a las órdenes de McArthur (“Aunque teníamos nuestro propio general”) contra los japoneses en Nueva Guinea y Borneo. Allí le llegó el final de la guerra. Había aprendido indonesio (“Muy fácil”) y un japonés rudimentario (“Con los prisioneros que custodiaba”). En 1946 aterrizó en Hiroshima formando parte de las fuerzas de ocupación (“No sentí nada especial al ver las ruinas” dice. Y añade: “Era joven, era soldado y había estado en la guerra”). Recuerda que les recibieron bien. Cuando lo licenciaron, se enroló de nuevo. Faltando un año para acabar su segundo periodo estalló la guerra de Corea y lo enviaron allí. Cuando lo licenciaron regresó a Japón, consiguió un empleo en una firma norteamericana y se casó con una chica japonesa. Poco después, ella contrajo una infección ósea que afectó también a ciertos huesos del cráneo. De resultas de ello le

extirparon los dos nervios auditivos y quedó completamente sorda. Tenía 23 años. Decidieron comunicarse mediante el movimiento de los labios. Él perfeccionó su japonés con ese fin. Cinco años después regresó con ella a Australia. Las autoridades australianas no le dieron a ella la ciudadanía (“no se la daban a ningún japonés por entonces”) ni ella la quiso. Mel dijo que ella se sentía, ante todo, una superviviente. Su colegio había sido destruido por la bomba y era una de las tres alumnas de su clase que se salvaron. No había ido al colegio ese día porque tenía un hermano enfermo en las afueras y le tocaba cuidarlo. La dureza de las autoridades australianas no la afectó demasiado pero los obligaba a salir y entrar del país cada vez que a ella se le acaba el visado de turista. Después de tres años de idas y venidas, él encontró trabajo en una compañía australiana que lo envió de vuelta a Japón. Durante los siguientes cinco viajó por China y el sureste asiático, aprendió cantonés y mandarín y conoció las Filipinas (“Me gustó mucho la cesta-punta”). Pasados ese tiempo regresaron a Australia, ella regularizó su situación y se instalaron en Sydney.

“Hace ocho meses” dice Mel “mi mujer ha vuelto a oír gracias a un implante cerebral”. Me cuenta la tecnología del implante, el noveno de su tipo en Australia, con todo lujo de detalles. Me lo cuenta con expresión risueña, como si fuera un hallazgo suyo. Luego me dice que su hija trabaja en Vientiane para una congregación budista. Antes trabajó para esa misma congregación en Inglaterra y, desde Alemania, en el este de Europa. Afirma que es una autoridad en su campo y que la invitan a dar conferencias por todo el mundo. Mientras él habla yo cierro los ojos y evoco a su hija. Me digo que en este caso forma y fondo coinciden: faldas largas y anchas de colores apagados, pelo canoso y suelto, piernas sin depilar, sandalias de cuero, gafas de concha, mirada ingenua y a ratos perdida. Es alta, y su piel, seguramente pálida en otro tiempo, está muy curtida.

Sus movimientos sugieren suavidad y firmeza. Monja budista, sufragista de principios de siglo, militancia feminista: la misma actitud, similares atuendos.

Mel me muestra las manos. Dedos llenos de nudos, manos en forma de garra. Apenas puede abrirlas. Su espalda es encorvada y gibosa y ha de usar bastón casi todo el tiempo. Sin embargo, habla con fluidez y energía, no le gusta que le ayuden y sus vivos ojos de color azul claro siguen activos. Constata sus limitaciones pero no se queja. Sé que lo recordaré mucho tiempo. Me digo que el río y él tienen algo en común. No sé bien qué. Tal vez su carácter indómito, su infatigable energía. En la agenda anoto: “Pensar sobre ello”.